

ENDRIKE KNÖRR *In memoriam*

De la emoción que sintió Endrique Knörr el día en que conoció a Pedro Yrizar me habló su hijo Íñigo, explicándome que nuestro común amigo veía en aquel apretón de manos con que le recibió su padre el encuentro con un pasado distante y en alguna medida mítico, que lo enlazaba con uno de los más antiguos eslabones que conforman la ya larga cadena de estudiosos sobre el eusquera, el príncipe Bonaparte. En ese recio pilar de vascófilos y vascólogos que empieza con él y llega hasta nuestros días se sustenta el conocimiento científico de vuestra lengua —nuestra lengua, si me lo permiten—, que no se ha convertido así en esa venerable reliquia a la que don Miguel de Unamuno le auguró, en los Juegos florales de 1901, una pronta desaparición. Se trata, por el contrario, de un idioma que dispone de unos instrumentos de estudio que han permitido su normativización y consiguientemente su enseñanza reglada y de cuyo conocimiento científico sacamos hoy gran provecho filólogos y lingüistas. Aquel saludo entre Endrike Knörr y Pedro Yrizar fue tan revelador como el encuentro que tuvo un Joan Coromines, todavía adolescente, un día en que caminando con su padre, conoció a Pompeu Fabra. Ese día se insertó mi maestro —tal y como me contó él— en esa larga serie de personas que han convertido al catalán en la admirable lengua de cultura que es en la actualidad.

Ocasiones como estas dejan de pertenecer al dominio de lo convencional para convertirse en claves interpretativas de la historia de una persona y hasta de la Historia a secas. Esa emoción que sentía un Endrique Knörr al verse a sí mismo como un modesto eslabón dentro de una cadena de tantos esforzados vascólogos hacía latir en sus venas los pulsos de una lengua que se negó a que la enterraran —era la propuesta de don Miguel de Unamuno— «santamente, con dignos funerales, embalsamad[a] en ciencia». Para ello, no le faltó a Endrike, en su opción de euskaldumberri, ese amor que nace de las razones del corazón, pero de las de la mente también. Amor que compartió con otros maestros suyos y míos: particularmente con Luis Michelena, quien supo añadir a la sólida formación filosófica del joven Knörr aquellos instrumentos lingüísticos y filológicos que le iban a permitir acercarse al estudio del vasco. Pienso que el impaciente Michelena debió someter no pocas veces al impecable y ponderado Knörr a esa tortura a la que los maestros someten a sus discípulos en aquellas ocasiones en que entienden que dedican menos esfuerzo a su investigación del que debieran. El hecho es que el magisterio de Michelena algo debió influir para que Enrique se convirtiera en un reputado lexicógrafo —para muestra me basta con referirme a su tesis doctoral sobre el diccionario de Maurice Harriet— y que se convirtiera en un referente para el conocimiento de la toponimia relacionada con el eusquera del pasado y del presente. No fue la toponimia el único camino por el que deambuló nuestro filólogo; otros muchos los recorrió, con tanta pasión como cuidado, referentes a la Filología vasca, que van desde la sintaxis a la historia de la lengua, del estudio de los textos a la dialectología y a la archivística. Tuvo incluso algunas incursiones en el campo del español, preferentemente en el terreno del léxico: en uno de sus últimos artículos, aparecido después de haber fallecido, en el *Boletín* de nuestra Academia se dan pistas decisivas para poder historiar adecuadamente en el *Diccionario histórico del español* la recepción de una voz en el español del País Vasco. Es una contribución más, entre otras varias dedicadas a los préstamos del vasco al castellano así como de los del latín y de los romances al eusquera.

Si me refería a la desazón que pudo tener el maestro Michelena con su joven discípulo es porque aquel sabía que algunas de las tareas alejaban a Endrike del estudio e interpretación de los datos. La investigación era ciertamente una parte importante de su

proyecto profesional, pero ello no le hizo olvidar que en aquella universidad vasca recién creada, que lo acogió muy pronto, era imprescindible realizar un gran esfuerzo para hacerla creíble hacia afuera, pero hacia adentro también, si el diagnóstico de Michelena era correcto:

Solo quiero advertir que un pueblo que deja enteramente en manos extrañas —y nosotros lo veníamos haciendo en mayor o menor medida desde hace mucho tiempo— la educación de sus hijos está irremisiblemente condenado si la Divina Providencia no extiende un dedo milagroso.

El joven vicerrector al que yo conocí en aquellos primeros tiempos de la Universidad vasca no confió en la Providencia para presentarnos la imagen de una universidad dinámica y moderna. Recurrió a su esfuerzo, unido a una impecable educación, diplomacia y cordialidad. No tasaba el tiempo para servir a la universidad ni se le desvaía la sonrisa para aguantar las ocurrencias de tantos como podíamos llegar a creer que bastaba con sembrar ideas para que estas germinaran por sí solas. Poner el hombro en el incipiente Estudio vasco —y hacerlo además en el campus que, no por casualidad, se había creado en Álava— era en aquellos momentos la tarea más urgente de cuantas urgentes había que afrontar a diario. Poner en marcha en los años ochenta una nueva universidad exigía un esfuerzo nacido de la generosidad y de la inteligencia, pero que obligaba también a contar con una capacidad de convencer que solo puede tener quien está profundamente convencido de sus ideas.

Pero Endrike no fue solo un gestor importante de su universidad, sino un intermediario privilegiado entre personas que fueron referentes en el dominio de la Lingüística y de la Filología, como Joan Coromines o Antonio Tovar, que buscaron su mediación por ver si se lograba convencer a Michelena de la necesidad de poner en marcha el diccionario etimológico del eusquera. No es el momento de explicar por qué mi añorado amigo y yo no logramos convencer al gran filólogo vasco de la oportunidad de velar las armas etimológicas en esta lengua, dadas las graves dificultades que existían en este terreno; pero de aquel proyecto finalmente no emprendido surgieron otros en la lexicografía que hacen que el vasco sea en la actualidad una lengua relevante en el campo de la lexicografía. Esa misma actitud de mediación la tuvo con los vascólogos, como es el caso de Odón de Apraiz o de José Miguel Barandiarán, o del ya mentado Pedro de Yrizar y de muchos más, sin que importara la lejanía que los separaba —por la época en que vivieron o por las distintas formas de exilio que les tocó padecer—, como es el caso de Federico Baraibar, Justo Garate o Julio de Urquijo.

Esta capacidad catalizadora de Endrike con los de dentro la extiende a ese ancho mundo que recorrió buscando las huellas de lo vasco, amparado en su capacidad de desenvolverse en todas las lenguas que a uno le hubiera gustado hablar —latín incluido—, sin perder la humildad de quien pretendía pasar por un erudito de provincias. Un erudito movido por la curiosidad de una persona del Renacimiento, a la vez que por los conocimientos de un ilustrado que había entendido como nadie la importancia que tiene la convivencia entre las lenguas. Su mera presencia en muchos actos de nuestra Academia Española servía para explicarnos a sus colegas y amigos su idea de que difícilmente se puede amar a la propia lengua si no se está dispuesto a amar a las demás, aparte de prevenirnos sobre la absurda forma de suicidio que supone para una lengua —para cualquiera de ellas— aislarse de las demás. Era lo que entendí que me explicaba con su sonrisa y su aplauso a mi intervención, aquí en este mismo lugar, aquel día en que ingresé en la Academia Española y me referí de refilón, como he vuelto a hacerlo hoy, a mi lengua y a mis lenguas.

Otro día, tiempo después —bien situado en el calendario de mi tristeza— estando con algunos amigos en Vitoria, tuvo Endrike la deferencia de sumarse a cenar con todos nosotros. Me di cuenta de que trataba de decirme algo. Al final me explicó con toda naturalidad su enfermedad. Hubo luego alguna comunicación más entre nosotros. Como si yo hubiera querido conjurar el mal con el silencio, no le pregunté nunca por su salud a él ni a nadie. Una sibilina nota de su hija diciendo que no podía asistir a un acto importante de nuestra Academia me bastó para temer que pudiera estar a punto de ocurrir algo muy grave.

Y, en efecto, ocurrió lo no deseado, pero ha ocurrido también que sus colegas y amigos notamos el peso de su ausencia. Ha ocurrido además que el hueco que ha dejado sigue lleno de su media y cortés sonrisa y de su limpia mirada de miope ilustrado. Ha ocurrido incluso que hemos aprendido de nuestro buen amigo a entender con claridad la importancia que tiene amparar las palabras con el comportamiento. El de Endrike Knörr, pocas veces tenso, nunca suspicaz, jamás rencoroso con nadie, ha servido para romper unas cuantas barreras, de forma que hoy me siento yo como se sentía él con Pedro de Yrizar, enlazado a través de su figura con el pasado, pero además con un porvenir para nuestras lenguas que quisiera que fuera esperanzador.

Termino. El apresuramiento no me ha despojado de la pasión por mostrar algunos jirones de la vida pública o, si se prefiere, profesional de Endrike Knörr, uno de los mejores embajadores que ha tenido el vasco en nuestro ancho mundo. Cuando el tiempo con su implacable caminar vaya difuminando su memoria, esta permanecerá en los genes de las palabras de nuestras lenguas por las que tanto ha trabajado.

No es pequeña la herencia que nos ha dejado Endrike Knörr.